

III

EXPEDICIÓN NOCTURNA AL CEMENTERIO

Era el cementario de San Medardo un recinto rectangular en el que se hallaba la iglesia de ese nombre.

En nuestros días, existe aún la iglesia; pero el cementario ha desaparecido hace mucho tiempo. Actualmente hay en su lugar un jardín público, adonde van á solazarse todo el día los niños de la vecindad.

La iglesia de San Medardo es de muy antiguo origen, tan antiguo, que no se conoce á punto fijo la fecha de su construcción.

Lo más que se sabe es que, en un principio, fué una simple capilla, que debió de ser casi totalmente destruída cuando la invasión de los normandos. Manos piadosas reconstruyeron sus ruinas; pero sólo quiniientos años después fué cuando se añadieron las actuales construcciones y que se la erigió en iglesia parroquial provista de un campo santo.

En el último siglo, fueron inhumados los grandes personajes Oliverio Patru, el abogado más célebre de su tiempo; Pedro Nicole, autor de los « Ensayos de Moral » y el sabio sacerdote Duguet, su hermano en jansenismo, tuvieron allí su tumba.

Los restos del famoso diácono Páris fueron también depositados allí en 1730, dando lugar á las extravagantes escenas cuyo recuerdo nos ha conservado la historia.

En pocas palabras vamos á decir hasta qué grado de exaltación llegaba entonces el espíritu de secta.

El diácono Páris fué, durante su vida, una especie de San Vicente de Paul en miniatura.

Renunciando al mundo, retiróse al barrio de San Marcelo, en una especie de ermita, al fondo de un jardín que él cultivaba para ayudar á la asistencia de los pobres. El buen hombre proveía de legumbres á las familias necesitadas del barrio; educaba á los hijos de éstas, y, por la noche, después de todos sus ejercicios de penitencia y caridad, proporcionábase un inocente recreo haciendo calceta para abrigar las piernas de sus protegidos.

Así vivió Páris algunos años, sin que su reputación se extendiera por fuera del barrio á cuyos habitantes socorría, porque hacía bien sin ostentación, lo cual debía dejarlo necesariamente en la oscuridad.

Cuando murió, su féretro sólo fué escoltado por los infelices de quienes había sido bienhechor y sus despojos mortales no fueron cubiertos sino de una simple losa sin el menor adorno.

El agradecimiento reunió primero en su tumba á varios pobres del barrio á los cuales se oía rezar en voz alta por él.

No tardaron en aumentar aquel piadoso cortejo algunos jansenistas que habían honrado sus virtudes modestas; por fin aquella tumba convirtiéndose en punto de cita de los discípulos de Jansenio, y allí acudían á fortificarse contra las renacientes persecuciones de los jesuitas.

Poco á poco, fueron calentándose las cabezas; creyéronse inspiradas por el sepulcro de aquel hombre virtuoso; doblaron las oraciones, creció el fanatismo y desconcertáronse los cerebros.

Y el delirio llegó al colmo en varias doncellas que, llegadas á esa edad en que una naturaleza imperiosa exalta las pasiones del sexo, experimentaron en la tumba de París convulsiones medio fervorosas y medio históricas.

Nada hay tan comunicativo como la exaltación.

Desde que aquellas jóvenes fueron asaltadas por irritación nerviosa, todas las mujeres jansenistas concurren asiduamente al cementario de San Medardo creyeron sentir un principio y no tardaron en retorcerse los brazos, hacer crujir las corvas, descomponer sus facciones por muecas estudiadas; luego, extendiéndose sobre la tumba para sentir más inmediatamente lo que ellas llamaban « la obra », se las vió agitarse convulsivamente, presas de verdadero frenesí, sin preocuparse del desorden, á veces completo, que tan bruscos movimientos producían en sus vestidos.

Esas extrañas fanáticas se dividían en tres clases distintas. Las que acostumbraban á darse mucho movimiento y á saltar constantemente, se llamaban *saltadoras*; otras que lanzaban gritos análogos á los ladridos del perro denominábanse *ladadoras*, y, finalmente, otras cuya manía era maullar como los gatos recibieron el dictado de *maulladoras*.

Aunque las mujeres formaban la mayoría de los convulsionarios, había también gran número de hombres que seguía los mismos procedimientos, y la secta acabó por tener tantos secuaces, que los gobiernos, inquietos, tuvieron que intervenir con objeto de evitar un contagio cada vez en aumento.

De ahí resultó que un día, el rey, á instancias del cardenal de Fleury, dictó una orden que mandaba cerrar inmediatamente el cementerio de San Medardo y prohibiendo que se abriera no siendo para inhumaciones.

El mismo teniente general de policía hizo proceder al cierre en su presencia.

Y al día siguiente, se lefa encima de la puerta:

De parte del rey, se prohíbe á Dios
Hacer milagros en este lugar.

Á propósito de los supuestos milagros que se operaban en aquel asilo, escribió Voltaire el siguiente epigrama:

Un grand tombeau, sans ornements, sans art,
Est enlevé non loin de Saint-Médard.

L'esprit divin, pour éclairer la France,
Sous cette tombe enferme sa puissance.
L'aveugle y court et d'un pas chancelant
Aux Quinze-Vingts retourne en tâtonnant ;
Le boiteux vient, clopinant sur la tombe,
Crie : *Hosanna!* saute, gigotte et tombe (1).

Arrojados del cementerio de San Medardo, no por eso dejaron los convulsionarios de reunirse secretamente en bodegas, en subterráneos y hasta en canteras abandonadas, en donde renovaron sus extravagancias; y aunque perseguidos por la policía y ridiculizados por el público, hallaron medio de hacer hablar de ellos durante treinta y cinco años.

La misma noche del día en que la condesa Aurora había sostenido con Helouin la conversación ya mencionada, salía éste de su casa de la calle de la Ferronnerie, acompañado de Cocardasse, quien según lo convenido, había ido á buscarlo de parte de Aurora, para secundarle en su empresa nocturna.

Para aquella circunstancia habíanse puesto ambos, vestidos oscuros y enteramente desprovistos de objetos ó adornos brillantes, tales como botones de metal, pasamanería de oro ó plata, hebillas de zapatos, etc... los cuales, en caso de que cualquier resplandor se hubiera reflejado en ellos, hubiesen denunciado su presencia durante la operación que proyectaban.

(1) Una gran tumba sin adornos ni arte. — Se alza no lejos de San Medardo. — Para iluminar á Francia, el espíritu divino — Encierra su poder en esta tumba. — Á ella corre el ciego, y, con paso vacilante. — Al hospicio se vuelve andando á tientas; — El cojo va cojeando hacia la tumba. — Grita ¡ *hosanna!*, salta, pernea y se cae.

Además, los dos se cubrieron de sendas capas de color gris de tapia.

No sin protestar consintió Cocardasse en abandonar momentáneamente su famosa Petronila, la cual formaba cuerpo con él y de la que nunca se separaba, ni aun de noche, pues la tenía siempre al alcance de su mano.

Para decidirle, tuvo Helouin que convencerle de la necesidad apremiante.

— Su espada parece que está tocando siempre á rebato — le había dicho el policía, — y si no se deshace usted de ella, es lo mismo que si anunciamos nuestra venida á cimbalazos.

Además, usted, lo mismo que yo, necesita poder moverse en libertad, y su arma no haría sino paralizarle sus movimientos.

Para lo que vamos á hacer nos bastan algunas herramientas.

Ante tan justas razones el viejo maestro de armas se resignó, y dejó cuidadosamente « su adorada amada » en un rincón, no sin dirigirle una mirada de pesar.

Al salir de la calle de la Ferronnerie, llegaron los dos hombres á los muelles, cortaron de través para llegar al palacio construido por Desbrosse en los terrenos del Luxemburgo, luego, después de dar la vuelta á dicho palacio, subieron al cerrillo de Santa Genoveva y volvieron á bajar por su vertiente meridional en cuya parte-baja estaba la iglesia de San Medardo.

Como el cementario se cerraba al anochecer, no podían penetrar en él sino escalando una tapia de

cinco á seis pies de alta, que se hallaba en bastante mal estado.

No podían temer ser vistos. Al caer el día, aquel barrio, entonces de los más retirados, estaba completamente desierto y era raro encontrar á alguien después de las seis.

Por otra parte nadie habitaba la iglesia.

Terminados los últimos oficios, abandonábanla los curas, dejándola bajo la salvaguardia de su patrono, á quien encargaban velase por la seguridad de los objetos de valor allí depositados.

Lo cual cumplía admirablemente el santo, pues parece ser que nunca se cometió allí el menor robo.

Seguros, pues, de no ser interrumpidos, el policía y el maestro de esgrima se dispusieron á saltar la tapia.

Helouin quiso pasar el primero. Aprovechando todo cuanto le ofrecía punto de apoyo, consiguió saltar al interior del recinto.

No tardó en reunirsele Cocardasse, quizás menos ágil, pero más acostumbrado que su compañero á ese género de ejercicios.

Aunque poco accesibles al miedo, nuestros dos hombres, sintieron, sin embargo, un estremecimiento al verse en tan fúnebre lugar.

El profundo silencio que los rodeaba y los monumentos que en torno suyo emergían de la oscuridad como genios de la noche causábanles una especie de angustia invencible.

Dominando en fin su turbación, acercáronse hacia donde estaba la tumba del conde de Lagardère.

Ambos la conocían perfectamente: Helouin por haber ido á visitarla varias veces como curioso y Cocardasse porque acudía á menudo para hablar de los tiempos pasados, con su « Pequeño Parisiense ».

El panteón se alzaba en medio del cementerio, poco más ó menos.

Era un ancho monumento de granito azulado, de cuatro codos de altura, que afectaba la forma de un sarcófago antiguo, es decir, más estrecho en la base que en la cúspide; y en el cual había grabada una espada rota.

Cubría una fosa en que descansaban los restos del conde Enrique y de su hijo.

Una doble fila de cipreses la ocultaba en parte á la vista del público.

Formaba un cubo, de cuyas caras tres eran macizas; pero en la cuarta, la de atrás, se abría un hueco provisto de barrotes de hierro y que servía para que entrase aire en la tumba.

Ante esos barrotes se detuvieron Helouin y Cocardasse.

— Vamos á entrar por aquí — dijo el policía al soldado, enseñándole la abertura, que tenía un ancho de unos dos pies cuadrados.

— ¿Cómo quiere usted penetrar á través de esa reja? — objetó Cocardasse; — á menos de ser gato ó ardilla...

— Es que la vamos á quitar.

— ¡Anda! querido, — exclamó el gascón que acostumbra á familiarizarse en seguida; — ¿pero no ve

usted que los barrotes están incrustados en la piedra?

— Sí, y bastante fuertemente por cierto.

— ¿Pues entonces?...

— Pues sencillamente, vamos á aserrarlos, ya que para arrancarlos necesitaríamos mucho tiempo.

El soldado abrió unos ojos enormes y creyó que su compañero se burlaba de él.

Sin parecer notar esa extrañeza, Helouin sacó de la faltriquera una bolsa de cuero, cogió de ésta dos hojitas de acero muy delgadas y finamente dentadas, y, dando una á Cocardasse, le dijo :

— Ayúdeme. Hay seis barrotes ; tenemos, pues, que cortar tres cada uno. Voy á enseñarle cómo se hace.

Y el policía aplicó su serrucho á un barroto, é, imprimiéndole un rápido movimiento de vaivén, pronto le hizo morder el hierro.

El instrumento sólo producía un ligero crujido que no debía de percibirse á diez pasos.

En cinco minutos, seccionó completamente el cilindro de metal.

— Ahí tiene ; ahora, á usted — le dijo. — Tenga cuidado de cortarlos á media pulgada de la piedra ; hace falta que quede un trocito para poder sustituir la verja.

Cocardasse empezó en el acto su tarea, y como trabajaba de firme, no tardó mucho más que Helouin en acabar su obra.

Quitada la verja, era fácil entrar en la fosa.

El policía se deslizó por el boquete, con las piernas hacia delante y luego, dejóse caer atrevidamente en el vacío.

La fosa era poco profunda, y pronto tocaron sus pies el suelo. Cocardasse le imitó sin titubear.

Á pesar del respiradero, había en la cripta una atmósfera pesada y opaca que sofocó á los dos hombres ; tardaron algo en acostumbrar sus pulmones.

Así que pudieron respirar, encendió Helouin una linterna sorda que, dado el enrarecimiento del oxígeno, iluminó lo interior de la fosa con un resplandor indeciso.

Era un espacio de seis á siete pies cuadrados, en uno de cuyos lados se veía una gran placa de mármol negro, en la cual había grabado el siguiente epitafio :

AQUÍ YACE EL CONDE ENRIQUE DE LAGARDÈRE
VENGADOR DE FELIPE DE NEVERS,
MUERTO Á LOS TREINTA Y SEIS AÑOS.
¡QUE SU LEAL ESPADA PUEDA ALZARSE
PARA CASTIGAR Á LOS ASESINOS!

Frente á esa placa, había otra que tenía esta inscripción :

AQUÍ YACE EL CONDE FELIPE DE LAGARDÈRE
ÚLTIMO DE ESTE NOMBRE
FALLECIDO Á LA EDAD DE CUATRO AÑOS.
ROGAD POR SU POBRE MADRE
Á QUIEN EL DOLOR HA VUELTO LOCA.

— ¡ Ah ! Pequeño Parisiense — exclamó el maestro de armas con voz reprimida y extendiendo la mano hacia la primera placa : — ¡ Sí, algún día serás ven-

gado!... yo te lo digo... ¡Ya hace quince años que esperas; pero llegará la hora, no tengas cuidado!

— ¿Quería usted mucho al conde Enrique? — preguntó Helouin.

— ¡Ah! ¡ya lo creo que lo quería!... Era tan fino como el acero; rápido como la pólvora y bravo entre los bravos. Para matarle han tenido que hacerlo á traición... porque de frente...

— ¿De frente qué?

— ¡Era invencible! Yo le he visto dar cara á diez terribles espadachines en los fosos del castillo de Caylus. ¡Qué hermoso espectáculo! De los diez asaltantes no hubiera quedado uno sólo, á no ser porque el Pequeño Parisiense tuvo que aplazar el castigo para cumplir un deber imperioso...

— ¿Qué deber?

— El de salvar la cuna de una niñita que lleva hoy el apellido de su salvador y está enlutada por él.

— ¡Ah! ¡sí! ¿La condesa?... ¿Y no se ha podido conocer nunca á los asesinos de hombre tan valiente?

— Nunca, por desgracia.

— ¿Tenía enemigos?

— Ni uno; al contrario, sólo tenía amigos.

— Entonces, ¿nadie podría tener interés en su muerte?

— Nadie, absolutamente nadie.

— Es muy singular, porque los asesinatos son siempre motivados por algún interés. Tal vez haya sido víctima de una equivocación.

— Todo podría ser. Pero, error ó no, ¡santo Dios!

algún día se acabará por encontrar á esos asesinos, y entonces, á fe de Cocardasse, no tardarán en ir á ver lo que pasa fuera de la tierra. ¡Vaya un minué que les hará bailar Petronila!

— No será sino justicia — aprobó el policía.

— Todo crimen pide castigo. ¡Ea! no nos entretengamos demasiado en este sitio, pues nos esperan con impaciencia.

— Es verdad, démonos prisa.

— He aquí la placa tras la cual está el condesito. Hay que quitarla — dijo Helouin.

La plancha de mármol estaba sujeta por cuatro grandes tornillos, que perforaban tacos de madera incrustados en la pared de la fosa.

Sin gran trabajo sacó el policía esos tornillos, y, extrayendo la placa, descubrió una pequeña excavación que contenía un ataúd de pequeñas dimensiones, todo de marfil. Atrájolo en seguida hacia sí, y empezó á examinarlo atentamente.

Luego, bajo la acción de una emoción violenta, murmuró:

— ¡Gran Dios! ¿estaré en presencia de mi obra? — Y sus ojos parecían querer horadar la envoltura que le ocultaba los restos del inocente.

— ¿Qué tiene usted? — le preguntó Cocardasse al notar tan súbita turbación.

— ¿Yo?... nada... nada que no sea muy natural — repuso Helouin, recobrando su sangre fría. — Nunca he podido ver un féretro de niño sin emocionarme profundamente... Dispénsame esta debilidad.

— No necesita disculparse... lo comprendo. Yo mismo experimento algo raro ante esta caja. ¿El qué? No podría decirlo... pero más bien creo que es curiosidad que pena.

— Ahora, vámonos — ordenó el policía, á quien las palabras de Cocardasse parecían fastidiar; — no tenemos tiempo que perder.

Y en voz más baja, añadió:

— Yo sobre todo.

— Andemos — repitió el soldado. — ¿Yo paso primero, eh?

— Cómo quiera; yo le entregaré el ataúd y pasaré después.

Cocardasse se alzó á fuerza de puños, y pronto echó pie fuera de la fosa.

Al quedarse solo, Helouin proyectó la luz de la linterna contra la caja de marfil y al examinarla, volvió á agitarse febrilmente.

— ¡Qué presentimiento! — dijo. — ¡Ah! ¡si me atreviese á hacer saltar esta tapa!

— ¡Eh! ¿qué hace usted? — preguntó Cocardasse, sorprendido de no ver aparecer en seguida á su compañero; — déme el ataúd y venga.

— Voy, voy — contestó el policía; — miraba si nos dejábamos algo.

Tenga la caja — añadió alzándola hasta el respiradero.

Y, á su vez, abandonó la fosa, del mismo modo que el maestro de armas.

— ¿Y la reja? — observó este último.

— Vamos á arreglarla. Ayúdeme, acercando la parte separada de los trozos que se sujetan en las paredes de la abertura; estas anillas van á servirme para unirlo todo.

Helouin sacó de la bolsa de cuero seis anillas de hierro, hendidas en su anchura y en que cada borde de la hendidura era una lengüeta horadada con paso de rosca.

Introdujo estas anillas en la sección de los barrotes cuidando de colocar las lengüetas hacia dentro, é insertando luego un tornillo en los orificios que presentaban, los hizo unirse exactamente.

De ese modo, la verja recobró su primitiva solidez, así como también su aspecto ordinario, y habría que mirarla muy de cerca para enterarse de la operación que acaba de sufrir.

Un minuto después, ambos hombres franqueaban la tapia del cementerio pasándose el ataúd, como al salir de la fosa, y se encaminaban de prisa hacia el Marais, ocultando disimuladamente bajo sus capas la lúgubre carga, que parecía algo pesada.